

podido escaparme, y esto por la ventana y con peligro de romperme la cabeza.

Eran tan vehementes las sospechas que á Oullier le inspiraba cuánto tenía alguna relación con la Logerie, y tanto el odio que profesaba á cuanto llevaba el nombre de Michel, que estuvo algunos minutos perplejo, recelando que las palabras que el mancebo acababa de pronunciar con la mayor naturalidad encubriesen alguna traición. Por otra parte, comprendía que Guerin tenía razón; que en caso apurado sólo él podía infundir aliento á los chuanes para esperar á pié firme á los soldados, y que él solamente era capaz de tomar medidas acertadas para entorpecer su marcha. Además, pensaba que Michel era mucho más idóneo que un aldeano para advertir al conde de Bonneville el peligro que le amenazaba, y no sin refunfuñar, resignóse á deber un favor al descendiente del barón Michel.—¡Bueno, lobezno! dijo; no hay más remedio que aceptar. ¿Tenéis buenas piernas?—De acero.—¡Ya!—Si estuviese aquí la señorita Berta, ella os lo diría.—¿La señorita Berta? dijo Oullier frunciendo las cejas.—Sí por cierto; ella fué quien me mandó á buscar al médico cuando murió el pobre Tinguy, y en cincuenta minutos anduve legua y media de camino entre ida y vuelta.

Juan Oullier meneó la cabeza como si dudara.
—Habéoslas con vuestros enemigos, añadió Michel, y fiad en mí; vos necesitabais diez minutos para ir á Souday; á mí me bastan cinco.

Y sacudiéndose el barro preparóse á marchar.
—¿Sabéis el camino? le preguntó Oullier.—Como las sendas del parque de la Logerie. Quedad con Dios, Juan Oullier.

El vendeano le siguió un momento con los ojos, diciendo luego caviloso:

—Mucho conoce ese mocito los alrededores del castillo de Souday; cuando haya lugar veremos de arreglarlo. ¡Guerin! llama á la gente.

Quitóse el chuan un zueco, aproximósele á la boca, y dió una voz parecida al aullido del lobo.

—¿Sabes si te oirán? le dijo Oullier.—De fijo. Me he colocado de modo que me oirán.—Pues no les aguardemos aquí; vamos andando hacia la encrucijada de Rayhons; todo eso habremos adelantado.—¿Cuánto lleváis de ventaja á los soldados? preguntó Guerin siguiendo á Juan Oullier en la

espesura.—Como hora larga: ahora acababan de detenerse en el cortijo de la Pichardiére.—¿En la Pichardiére? contestó Guerin pensativo.—Justamente; habrán despertado á Pascual Picaut y éste les habrá servido de guía; es muy capaz de ello.—Pascual Picaut no volverá á servir de guía á nadie ni volverá á despertar jamás, contestó con acento lúgubre Guerin.—¡Ah! ¿Es decir que el que poco há...—Era él. Se resistió, pedía socorro, teníamos los soldados á medio tiro de fusil, y ha sido preciso.—¡Pobre Pascual!—Es verdad; prescindiendo de sus opiniones políticas era un buen muchacho.—¿Y su hermano?—¿Qué?—¿Qué hacía?—Lo estaba mirando.

Juan Oullier hizo un movimiento igual al del lobo al sentir una carga de postas en los ijares, pues si bien preveía todos los desastres de la guerra civil, lo repugnante y odioso de aquel hecho le hizo estremecer horrorizado. Apretó el paso para disimular su emoción, púsose á investigar las tinieblas, y saltando las matas con tanta ligereza como cuando apoyaba los perros en la caza, tomó muchos pasos de ventaja á Guerin, quien parándose de vez en cuando repetía la señal convenida para llamar á los suyos. De repente Oullier dió un ligero silbido para que hiciese alto.

Habían llegado á un punto de la selva llamado la cuesta de Baugé, muy próximo á la encrucijada de Rayhons.

XXIV

LA CUESTA DE BAUGÉ

Acercóse Guerin á Oullier y le halló perplejo.

El despeñadero de Baugé es un pantano allende el cual sube casi perpendicularmente el camino que á Souday conduce, y uno de los riscos más empinados de la escabrosa selva. Los azules debían atravesar el pantano y subir aquella loma. Llegado Juan Oullier á las faginas que servían para pasarlo, silbó como hemos dicho.

—¿En qué piensas? le preguntó Guerin.—Pienso, respon-

dió Juan Oullier, que quizás valdría más esperarles en este sitio que en la encrucijada.—Soy del mismo parecer, añadió Guerin; hé ahí una carreta que nos viene como de molde para una celada.

Estas palabras hicieron que Juan Oullier fijase por primera vez la atención en aquel objeto, y vió un carro cargado de leña que el carretero había dejado sin duda en aquel sitio por no atreverse á pasar á oscuras el fangoso pantano.

—Me ocurre una idea, dijo de pronto Juan Oullier mirando la carreta á la vez que la colina que se alzaba á pocos pasos de distancia como una sombría muralla; mas para realizarla sería preciso...—¿Qué?—Que viniesen los tuyos.—Ya llegan: ahí tienes á Patry, á los dos hermanos Gambier, á los mozos de Vieilleville y á José Picaut.

Oullier volvió la cabeza para no ver al último. En efecto, los chuanes iban apareciendo por todos lados, uno saltando los valladares, otros saliendo de los matorrales ó arrastrándose entre la maleza; y cuando todos estuvieron juntos, Juan Oullier les habló de esta manera:

—Creo, camaradas, que desde que la Vendée es Vendée, ó lo que es lo mismo, desde que este país combate, nunca ha necesitado más que hoy el valor y abnegación de sus hijos. Si no logramos detener á los soldados de Luis Felipe, va á suceder una desgracia que oscurecerá toda la gloria que el país ha conquistado. Yo de mí sé decir, compañeros, que antes dejaré mis huesos en este despeñadero que permitir que esa maldita columna vaya más lejos.—¡También nosotros! respondieron á una voz los vendeanos.—Bueno, contestó Oullier, no esperaba menos de los que me han seguido desde Montaigu para libertarme y lo han logrado. ¡Ea! ¿os atreveríais á subir esta carreta á lo alto de la cuesta?—Lo probaremos, contestaron los *chuanes*.

Y guiados por él los vendeanos cogieron el pesado vehículo unos por las ruedas y otros por la trasera, mientras ocho ó diez de ellos lo arrastraban tirando de las varas. De este modo le hicieron atravesar el pantano y lo colocaron sin contratiempo en la cumbre. Luego Oullier calzó las ruedas de la carreta para que no resbalase por su propio peso despeñándose por la rampa.

—Ahora, camaradas, emboscáos la mitad á la derecha y la otra mitad á la izquierda del pantano: yo os avisaré cuando llegue el momento de obrar, y en cuanto oigáis la

voz de fuego, abrasadlos vivos. Si, como es de esperar, os persiguen, dirigíos hacia Grandlieu para desviarles del castillo de Souday, á donde quieren llegar; y si por el contrario siguen su camino, entonces iremos á esperarlos en la encrucijada de Rayhons, donde será preciso mantenernos firmes y jugar el todo por el todo.

Los chuanes fueron á emboscarse á entrambos lados del pantano, y Oullier quedó sólo con Guerin. Echóse entonces de bruces, y pegando el oído al suelo, le dijo muy quedo:

—Ya se acercan; bien conocen el camino de Souday; ¿quién diablos puede guiarles?—Algún aldeano á quien habrán obligado.—Pues será preciso librarle cuando lleguen á la selva de Machecul, pues como queden sin guía, de seguro no vuelve ninguno de ellos á Montaigu.—¡Calle! ¿Y tú vas desarmado, Oullier?—Yo, contestó el vendeano sonriéndose, yo tengo un arma que de seguro derribará más enemigos que tu carabina: pierde cuidado, si van las cosas como lo espero, fiote que dentro de pocos minutos no faltarán fusiles junto al pantano.

Levantóse Oullier, y subiendo otra vez la cuesta que acababa de descender para colocar á los suyos, se acercó á la carreta. No bien hubo hecho esta maniobra cuando oyóse en la opuesta pendiente el ruido de los guijarros que rodaban bajo los piés de los caballos y viéronse saltar algunas chispas producidas por el choque de las herraduras, en tanto que el aire llevaba á sus oídos el vago y confuso rumor que en una silenciosa noche anuncia la aproximación de gente armada. Entonces Oullier volvióse á Guerin y díjole en voz baja:

—Vé á juntarte con los tuyos; yo me quedo aquí.—¿Para qué?—Luego lo sabrás: anda.

Obedeció Guerin sin replicar, y Oullier entretanto ocultóse bajo la carreta y púsose en acecho. Apenas había aquel llegado á su puesto, cuando los dos batidores de la columna llegaron al borde del pantano, y al ver que el camino era en aquel punto poco menos que impracticable, se detuvieron esperando órdenes.

—¡Adelante! ¡de frente! les dijo una voz mujeril aunque robusta.

Al oír estas palabras los batidores penetraron en el pantano, atravesándole con la mayor facilidad gracias al vado de faginas, y empezaron á trepar la altura acercándose por

momentos á la carreta. Cuando llegaron á veinte pasos de ella, Juan Oullier se colgó del eje con las manos y de las varas con los piés, permaneciendo inmóvil en esta posición, en tanto que los dos cazadores, llegados á la altura de la carreta, se empinaban sobre los estribos; mas no viendo estos nada en ella que pudiese excitar sospechas, siguieron andando.

Entretanto llegó la columna á la orilla del pantano y pasaron la viuda, el general, los ginetes y los infantes. Cuando hubieron llegado al pié de la cuesta, oyóse de improviso un horrible estruendo semejante al estampido del trueno, y despeñóse de lo alto del cerro una especie de alud con la rapidéz del rayo.

—¡Apartaos! gritó el general dominando con su voz tonante aquel estrépito.

Y cogiendo del brazo á la viuda, espoleó al caballo, que saltó á los matorrales. Lo que más le convenía salvar era el guía; mas como los soldados no habían tenido tiempo para ejecutar las órdenes de su jefe, sobrecogidos por aquel ruido extraño é inesperado, y viéndose atacados en la oscuridad por un fantástico enemigo, quedáronse inmóviles y paralizados, y cayó en medio de ellos la carreta, matando á los que encontró al paso é hiriendo á los que alcanzó con sus restos.

Siguió á esta catástrofe un momento de estupor; mas sin amilanarse por aquel súbito y terrible ataque, el general gritó con voz estentórea:

—¡Adelante, soldados! Salgamos pronto de esta garganta.

Al mismo tiempo mandó otra voz no menos fuerte que la suya:

—¡Fuego, camaradas! Y salió un llamarada de cada matorral, rebotando una lluvia de balas en torno de la columna.

Como la voz de fuego se dió delante de la columna y los tiros procedieron de la parte opuesta, comprendiendo el general el ardíd con que querían apartarle del camino, gritó á los soldados:

—¡Adelante! ¡No perdáis tiempo! ¡Adelante!

A la carrera treparon entonces los soldados la colina, llegando al poco rato á la cima sin curarse del fuego de los *chuanes*, ínterin Juan Oullier bajaba de ella por detrás de los matorrales, reuniéndose luego con sus compañeros.

—¡Bravo! le dijo Guerin; si hubiésemos tenido algunas carretas como esa y diez brazos robustos como los vuestros, á estas horas ya habríamos dado buena cuenta de esos malditos soldados.—No estoy yo tan satisfecho como tú, amigo mío; contaba hacerles retroceder con esta estratagema, y á lo que veo prosiguen la marcha con más resolución que antes: ¡Ea! no queda más recurso que esperarles en la encrucijada; ¡presto!—¿Quién dice que los *rojos* continúan la marcha? preguntó una voz.

Acercóse Juan Oullier al paraje de donde había partido, y vió á José Picaut que hincado de rodillas en el suelo estaba vaciando los bolsillos de tres soldados aplastados por la carreta. Oullier volvió el rostro con repugnancia, en tanto que Guerin se le acercó y díjole al oído:

—Oye á José, que ve de noche como los gatos, y no es de despreciar su dictamen.

Levantóse José, y metiendo el botín en un zurroncito de cuero que llevaba siempre consigo, añadió.

—Sostengo, por más que pretendáis lo contrario, que los azules no han dado un paso desde que llegaron á la cumbre del cerro. ¡Qué diablos! ¿Sois sordos por ventura que no oís cual patalean como carneros en el redil? Si vosotros no lo oís, yo sí.—Bueno sería averiguarlo, dijo Oullier á Guerin.—Tienes razón, contestó éste; ahora mismo voy.

Y atravesando el pantano trepó por la maleza hasta la mitad de la cuesta, en donde arrastrándose como una culebra empezó á subirla con suma precaución hasta llegar á treinta pasos de la cumbre. Entonces se puso en pié colocando el sombrero en el extremo de una rama que levantó en alto, cuando sonó un tiro y el silbido de una bala que se llevó el sombrero á bastante trecho.

—Es verdad, dijo Juan Oullier al oír la detonación; mas ¿por qué abandonarán su proyecto? ¿Ha muerto el guía?—Nó: el guía vive aún, contestó José Picaut con siniestro acento.—¿Le has visto? dijo un *chuan*.—Sí.—¿Y conocido?—También.—Entonces, dijo Oullier en voz baja y como si hablara consigo mismo, eso significa que no son aficionados á los barrancos y encuentran malsano el aire de los pantanos: han querido guarecerse de nuestros ataques detrás de las peñas, y querrán esperar el día en ese parapeto natural.

Como para confirmar el juicio del vendeano, víéronse brillar súbitamente algunas hogueras en la cumbre del cerro,

iluminando con sus rojizos resplandores los matorrales que colgaban de las quebraduras de las breñas.

—Extrañame que tal hagan si aun tienen el guía, dijo Oullier; mas si les ocurre cambiar de idea, de seguro pasarán por la encrucijada.... Mira, Guerin, bueno sería que fueses á aguardarles allí con tu partida.—Corriente.—Si siguen la marcha, ya sabes lo que te toca hacer; si por el contrario han acampado en el cerro, déjales tiritar en derredor de sus hogueras: será inútil atacarlos.—¿Por qué? preguntó Picaut.

Interpelado como jefe y acerca de una orden dada por él Oullier hubo de contestar, y lo hizo en estos términos:

—Porque sería un crimen exponer sin necesidad la vida de tantos hombres.—Acabaraís de una vez diciendo....—¿Qué?—Que vuestros dueños, los nobles á quienes servís, no necesitan ya á esos hombres, y entonces dijerais la verdad.—¿Quién se atreve á sostener que Juan Oullier ha mentido alguna vez en su vida? repuso el guarda frunciendo las cejas.—Yo, contestó Picaut.

Aunque apretando los dientes Oullier se contuvo, decidido según trazas á no tener ninguna explicación con el antiguo presidario, quien continuó:

—Yo soy quien dice y sostiene que si no queréis dejarnos aprovechar de esta victoria, no es porque os cuidéis de nuestras vidas, sino porque sólo nos habéis hecho combatir para que los *azules* no saqueasen el castillo de Souday.—José Picaut, añadió Oullier con impasibilidad; aunque los dos llevamos una misma escarapela, no seguimos por cierto un mismo camino ni nos proponemos igual objeto. Siempre he creído que todos los hombres son hermanos, sean cuales fueren sus opiniones, y jamás me ha gustado ver inútilmente derramada la sangre de un hermano. Por lo que toca á mis relaciones con mis amos, debo deciros que he tenido siempre la humildad por una de las primeras virtudes del cristiano, sobre todo cuando este es un humilde campesino como nosotros, y también he considerado siempre la obediencia como el principal deber del soldado. Bien sé que no pensáis del mismo modo; pero peor para vos: si en otra ocasión os hubierais atrevido á pronunciar las palabras que acabáis de dirigirme, quizás os hubiera pesado, mas ahora no me pertenezco: agradecedlo á Dios.—Está bien, contestó Picaut zumbándose, cuando volváis á ser dueño de vuestra

persona, buscadme y me encontraréis: yo os lo fío; en seguida añadió encarándose con los *chuanes*: si alguno de vosotros juzga más acertado coger la liebre en su madriguera que esperarla al acecho, sígame.

Nadie se movió ni contestó á sus palabras. Picaut hizo un colérico ademán y desapareció entre la maleza, en tanto que Juan Oullier, tomando por fanfarronada sus palabras, encojióse de hombros y dijo á los vendeanos:

—¡Ea, en marcha! Vamos á la encrucijada de Rayhons; por allí han de pasar. Seguid la cañada hasta los Cuatro-Vientos: es cuestión de un cuarto de hora.—¿Y tú? preguntó Guerin.—Yo entretanto corro á Souday para saber si Michel ha cumplido su encargo.

Púsose en marcha la partida, y Oullier quedó solo en la quebrada escuchando el ruido del agua removida por los piés de los *chuanes*; y en cuanto cesó de oírse este rumor confundíndose con el de las cascadas, volvió la cabeza hacia el cerro donde estaban los soldados.

Las peñas donde había hecho alto la columna pertenecían á una cordillera que se prolongaba de Este á Oeste en dirección á Souday. Terminaba al Este y á unos doscientos pasos del paraje donde había pasado la escena que acabamos de relatar, en una pendiente suave á cuyo pié corría el arroyo que subían los *chuanes* para rodear el campamento, y por la parte de Oeste se extendía como media hora en dirección al castillo de Souday. Cuanto más iba aproximándose á éste, más empinadas eran sus cumbres, más escabrosas y estériles sus laderas. Por este lado terminaba la cordillera en un insondable precipicio, por cuyo fondo oscuro y obstruído por enormes peñascos corrían las turbias aguas del arroyo.

Una ó dos veces había bajado Oullier al fondo del abismo con intento de aventajar en presteza al jabalí acosado por la jauría, por un estrecho y peligroso sendero que serpenteaba entre las retamas, llamado *la vereda de las cabras*; mas pocos eran los cazadores que la conocían, y como la había pasado con tanto trabajo y peligro de desnucarse, le pareció poco menos que imposible pasar por ella á tan altas horas de la noche. Bien sabía que si el jefe de la columna se empeñaba en llegar á Souday, tenía que tomar este camino ó subir el arroyo como los *chuanes*; mas el arroyo crecía á alguna distancia con el agua de varios afluentes, y

convertiase en rápido y caudaloso torrente, cuyas orillas estaban erizadas de espesos zarzales. No las tenía todas consigo Juan Oullier pues no podía explicarse cómo había renunciado tan súbitamente el general á su proyecto.

Así es que quedó un momento pensativo contemplando las fogatas del campamento cuyos resplandores le parecían cada vez más pálidos. Mas creyéndose ser juguete de una alucinación, acercóse algo más, y notando que sólo producían un mortecino fulgor que apenas iluminaba las crestas de los peñascos, quiso salir de dudas, por lo cual se aproximó al vivac con las mismas precauciones que tomara Guerin, sin detenerse en el camino, pues no paró hasta el parapeto de rocas que lo corona, donde escuchó con la mayor atención. No se oía el menor ruido. Alzóse de puntillas, miró por el intersticio de dos peñas, mas nada logró ver. El campamento estaba desierto, las hogueras espirantes, y sólo las últimas ramas que los soldados les habían echado al partir chisporroteaban en el rescoldo iluminando los árboles con sus fulgores. Entonces trepó Juan Oullier las rocas que le separaban del vivac, y bajó á él resuelto á cerciorarse á todo trance, no cabiéndole ya la menor duda de que los soldados habían partido. Dió una terrible voz, apretóse las sienes con los puños, llamó á sus compañeros cual si hubieran podido oírle, y echó á correr como un loco saltando rocas y matorrales con dirección al castillo de Souday. Era evidente que el misterioso guía acababa de llevar á la columna por *la vereda de las cabras*.

Arrebatado de desesperación Oullier más volaba que corría hacia el castillo, y sin curarse del peligro, sin hacer el menor caso de los resbalones que daba en la lisa superficie de las peñas, ni de los jarales que enredándose en sus piernas le obstruían á menudo el paso, proseguía con ardor su fantástica carrera, llevándole á los diez minutos al extremo de la colina. Allí subió á un cerro que dominaba el valle, y vió á los soldados que acababan de bajar por *la vereda* y seguían caminando por el fondo del abismo á la luz de las antorchas. Encaramóse á un enorme peñasco, asíóse de él con todos sus fuerzas, trató de sacudirlo creyendo en su delirio que sería capaz de arrancarlo de cuajo y derrumbarlo al fondo del precipicio: mas su ira y sus conatos fueron impotentes. De pronto oyó á sus espaldas una risita sarcástica y estridente. Estremecido Oullier, volvió la cabeza casi at-

rorizado, creyendo que sólo Satanás era capaz de reír de aquella manera, y vió á José Picaut.

—¿Qué tal, maese Juan? le dijo saliendo de unas retamas. Creo que mi emboscada vale algo más que la vuestra; pero me habéis hecho perder el tiempo, y se me antoja que ha de dolerles á vuestros amigos.—¡Pesía á tall! exclamó Oullier mesándose los cabellos, ¿quién les habrá enseñado este camino?—Quien quiera que sea, no volverá ya á enseñarles este ni ningún otro. Miradla á vuestro sabor si queréis conocerla: aun es tiempo.

Inclinóse de nuevo Juan Oullier hacia el abismo, y vió á los soldados que ya habían vadeado el arroyo y se reunían en derredor del general y á corta distancia á una mujer pálida y desmelenada que les señalaba con el dedo el camino que debían seguir.

—¡Mariana Picaut! exclamó asombrado Juan Oullier.

Sin despegar los labios el chuan, tomó el fusil y apuntó. Oullier oyó el muelle del gatillo, volvióse precipitadamente, y al disparar José, dió un golpe al arma y desvió el tiro, diciéndole:

—¡Infeliz! dejadla tiempo para sepultar á vuestro hermano.—¡Toma! contestó José asiendo el fusil por el cañón y descargando un terrible culatazo sobre la cabeza de Juan Oullier; á los *blancos* como tú les trato yo como á los *azules*.

A pesar de su hercúlea fuerza el vendedano cayó de rodillas, y no pudiendo sostenerse en esta posición rodó al precipicio. Agarróse instintivamente á un matorral, y sintiendo que este empezaba á desarraigarse, y que por lo tanto no podía tardar en faltarle aquel débil apoyo que le tenía suspendido sobre el abismo, encomendóse interiormente y de todas veras al Señor. Oyéronse en esto repetidas detonaciones, y al través de sus entreabiertos párpados vislumbró frecuentes fulgores que rasgaban las tinieblas. Creyó que los chuanes capitaneados por Guerin habían trabado la lucha con los soldados, y trató de gritar para pedir socorro; mas no pudiendo sus labios exhalar ningún sonido, y experimentando una angustia parecida á la del hombre atacado de una congajosa pesadilla, parecióle que de su frente brotaba un copioso chorro de sangre bañándole cuello y pecho. Las fuerzas le abandonaron, flaqueáronle los músculos, se le crisparon los dedos, y como arrastrado al fondo

del abismo por una fuerza irresistible, soltó maquinalmente las ramas.

Mas cuando esperaba oír el silbido del aire arremolinado en derredor suyo y sentir su cuerpo destrozado por las puntas de los peñascos, levantáronle unos brazos robustos y le trasportaron al pié de un ribazo próximo al precipicio. ¡Se había salvado! Sin embargo, aquellos brazos le sacudían muy brutalmente para ser los de un amigo.

XXV

EN DÓNDE EL MARQUÉS DE SOUDAY NO DISIMULA SU ENOJO

Al día siguiente á aquel en que llegaron el conde de Bonnevillle y su compañero al castillo de Souday, volvía el marqués de su expedición ó de su conferencia. El buen hidalgo que según trazas llevaba negrísimo humor, regañó á sus hijas por no haber salido á recibirle, echó pestes contra Juan Oullier que por sí y ante sí había ido á la feria de Montaigu sin pedirle permiso, y reprendió á su cocinera, que supliendo la ausencia del mayordomo, había salido á sujetarle el estribo y en vez de coger el de la derecha, tiraba fuertemente del izquierdo, lo cual obligó al marqués á apearse por el lado opuesto al de la gradería.

Al entrar el señor de Souday en el salón, siguió manifestando su cólera con tan enérgicos monosílabos, que Berta y Mary, aunque acostumbradas ya al desenvuelto lenguaje del emigrado, no sabían qué gesto poner para no dar pábulo á su enojo. En vano recurrieron á las más tiernas caricias para desarrugar el ceño de su padre, en vano trataron de aplacar su ira por todos los medios imaginables: el marqués golpeaba con el látigo sus botas de montar, sintiendo sin duda no poder hacer otro tanto con los señores X y Z, á lós cuales dirigía entre dientes los más expresivos improperios. No cabía duda que el marqués estaba muy irritado.

En efecto, hacía ya algún tiempo que el señor de Souday

estaba desconocido: la caza le aburría, haciale bostezar el *whist* con una frecuencia desconsoladora para sus compañeros de juego; el goce de sus honores y prerrogativas le parecía insípido é insuficiente para halagarle, y triste y nauseabunda su morada. Sin embargo, de diez años á aquella parte no había tenido nunca tanta elasticidad en las piernas, tan desahogado el pecho, y tan claro el entendimiento como entonces. El marqués entraba en el segundo período de la virilidad, en el cual la inteligencia despide antes de espirar una llama tan viva como fugaz, y en que el cuerpo reúne todas las fuerzas como preparándose para la lucha postrera: por eso se encontraba tan ágil y robusto; por eso menospreciaba sus monótonos y tranquilos pasatiempos. Se le había antojado que las luchas y agitaciones de una nueva Vendée bastarían para disipar el tedio que le consumía y satisfacer los anhelos de su nueva mocedad, creído de que en la aventurera existencia de guerrillero encontraría otra vez las vivas fruiciones cuyo recuerdo era el encanto más agradable, el goce mejor de su ancianidad.

Nadie había acogido con tanto entusiasmo la nueva del alzamiento, pues aquella conmoción política halagaba su grandísimo egoísmo, probándole una vez más que el universo entero estaba ordenado con todas sus leyes y experimentaba todas sus metamorfosis, sólo para gozo y satisfacción del dignísimo y respetable señor marqués de Souday. Desgraciadamente sus correligionarios políticos habían mostrado una tibieza y un anhelo de demorar la lucha que exasperaban la bilis del belicoso hidalgo. Unos pretendían que el espíritu público no estaba bastante preparado para aquel trastorno político; otros, que no era prudente arriesgarse á probar fortuna sin contar con algún apoyo en el ejército, y algunos llegaban á sostener que el entusiasmo político y religioso había menguado en la montaña, y que por lo tanto el alzamiento no podía pasar de una vana é infructuosa tentativa; mas el buen marqués no alcanzaba á comprender que la Francia entera no estuviese dispuesta á armarse, cuando él lo consideraba como un ameno pasatiempo, cuando Juan Oullier había limpiado su mejor carabina y bordádole sus hijas una escarapela y un corazón arrojando llamas; así es que no se dejó convencer por los capciosos argumentos de sus correligionarios, y salió de la sala sin esperar que se levantasé la sesión.